

Vida, obra y legado de Osvaldo Fustinoni (1909-2000)

Dr Juan Carlos Fustinoni

Conferencia pronunciada el martes 2 de diciembre de 2014 en el Hospital Aeronáutico Central, en el marco de los 60 años de la creación del Hospital y de los 50 años de la inauguración de su primera residencia médica.

Figura 1. Osvaldo Fustinoni hace uso de la palabra con motivo de la celebración del cincuentenario de la creación del Instituto de Semiología "Profesor Gregorio Aráoz Alfaro", Hospital de Clínicas "José de San Martín", 18 de agosto de 1977.



En 1936 Osvaldo Fustinoni publicaba su obra *Semiología del sistema nervioso*, que alcanza hoy en día quince ediciones, nueve reimpressiones y más de 100.000 ejemplares vendidos (con traducción al idioma portugués y una edición clandestina en su historial), y se convierte en el libro –aún editado y próximo a cumplir los 80 años de vida– más antiguo de la medicina argentina. Distaría de dar cima con este trabajo, enjundioso y erudito, a una tarea de publicista que lo sitúa entre quienes han hecho mayores aportes a la literatura médica argentina. Fue esa obra suya la iniciación de una etapa que reveló,

ya no sólo al clínico sagaz, sino al intérprete exhaustivo de la materia que tenía entre manos y al escritor que renovaba, por la vía de una personalísima exposición y un estilo rotundo, el interés del tema. Luego vendrían: *Insuficiencia suprarrenal (estudio experimental)* –tesis de doctorado en Medicina, apadrinada por Bernardo A. Houssay– (1938); *Síndromes clínicos (en esquemas)* –en colaboración con Tiburcio Padilla– (17 ediciones y 5 reimpressiones: 1943-2001); *Tratado de patología médica* –en colaboración con Rodolfo Dassen–, 4 tomos (1945-1953); *Enfisema pulmonar y su repercusión cardíaca* (1946); *Auscultación del pul-*

món –estudio fononeumográfico– (1952); *Semiología médica fisiopatológica*, libro aún en plaza, renovado y actualizado –en colaboración con Pedro Cossio y Pedro C Rospide– (8 ediciones y 14 reimpresiones: 1955-2014); *Tratado de patología interna* –con Enrique G Fongi y Pedro C Rospide–, 3 tomos (1957-1965); *La Facultad de Medicina de Buenos Aires* (1969); *La tercera edad* –en colaboración con Domingo A Passanante– (1980); *Los médicos en las letras argentinas* (1981); *Gerontología y geriatría* (1986) e *Historia de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires* (1995).

No se ha agotado con estas menciones la enumeración de las obras de este maestro eminente que sirvió desde la cátedra universitaria y desde la tribuna de conferencias a su noble afán pedagógico: fue autor de más de 200 trabajos –algunos de ellos, en colaboración con su maestro, Bernardo A Houssay– fueron publicados en distinguidas revistas científicas extranjeras como *Comptes rendues de la Société de Biologie de Paris*, *Endocrinology* y *Archives of internal physiology*. Escribió en *La Nación* y en *La Prensa* artículos de historia de la medicina: ocho en el primer matutino y otros ocho en el segundo. Prologó libros. En la *Revista Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires*, durante casi diez años, Osvaldo Fustinoni plasmó su pensamiento vivo y actualizado en numerosos editoriales acerca del acuciente quehacer médico y la problemática universitaria.

Argentina, tierra de promisión

Existe en la vieja Europa, en el Norte de la península itálica, una zona que –conformando una hoz plateada por la arena y bordeada de cumbres doradas y la espuma del mar– se extiende desde Ventimiglia hasta Spezia. Una rama del tronco de los Apeninos la rodea de finos eslabones que, constituyendo innumerables cabos, se sumergen en el mar siempre azul.

Por los pequeños valles paralelos que se suceden cruzan corrientes de agua cuyos lechos están siempre secos.

La tierra, propicia al arado, es extraordinariamente fértil. Sus árboles, cargados de melocotones y ciruelas aterciopeladas, invitan a la ensoñación.

En tan estrecho corredor, encerrado entre el mar y la montaña, sus habitantes supieron conservar los caracteres típicos de las regiones italianas: los valientes campesinos, plantando el olivo y la viña, después de cavar con la azada, y los niños, jugando y escapando a un tiempo de los furiosos torrentes montañosos.

Esta tierra fértil, verde de palmeras y olivos, al pie de áridas montañas, que se vuelve ampliamente hacia el mar, es la Liguria.

En el centro de esta región, próxima a Génova, se yergue Santa Margherita. Allí nació Luigi-Giuseppe Fustinoni el 21 de junio de 1876, hijo de Paolo Fustinoni y de Guglielma Cristiani.

Luigi-Giuseppe formó parte de uno de esos contingentes inmigratorios que –entre fines del siglo XIX

y principios del XX– tuvo la República Argentina, que parafraseando el título de un óleo de Antonio Alice, era “Argentina, tierra de promisión”.

Luigi-Giuseppe, una vez instalado en nuestro país, se dedicó al comercio y contrajo matrimonio con Margarita Angelina Rodríguez –hija de Salvador Rodríguez y de Tránsito Rodríguez–, nacida en la localidad de Ranchos (provincia de Buenos Aires) el 22 de febrero de 1884. De esta unión nacieron tres hijos, dos niños y una niña.

Los primeros años. Su labor

Osvaldo Fustinoni, el menor de los tres niños, nació en Buenos Aires el 16 de abril de 1909. Proveniente de un hogar humilde –alguna vez confesó que jugaba con “dos latitas”–, su padre falleció cuando él tenía tres meses de edad. A pesar de su orfandad paterna, la madre con gran temple y entereza se hizo cargo de la casa. Tan fuerte era su personalidad que a pesar de haber quedado viuda con tres niños, consiguió superar el trance de tal modo que casi no se advirtió la ausencia del padre.

Inició sus estudios primarios en un establecimiento del Estado: la Escuela Superior Número 5 del Consejo Escolar III, situada en la calle Sáenz Peña entre Humberto 1º y San Juan. Al finalizar el cuarto grado, el maestro de quinto –atento a sus extraordinarias dotes y condiciones– le propuso prepararlo para rendir ese año libre y entrar directamente a sexto grado, cosa que hizo.

A los doce años terminó la escuela primaria e ingresó en el Colegio Nacional “Juan Martín de Pueyrredón” que se hallaba a once cuadras de su casa. El trayecto lo recorría a pie y eso le significaba un ahorro considerable. Esto, que hoy es difícil de comprender, tenía suma importancia en ese momento. El poder adquisitivo de esos veinte centavos diarios era significativo, ya que muchos trabajadores ganaban un peso por día.

En marzo de 1927 ingresó a la Facultad de Medicina con muy buena puntuación. Cursó la carrera en seis años hasta 1932. Para costear sus estudios fue celador en el Colegio Pueyrredon –donde había culminado su bachillerato– durante los años 1927-1931.

Fustinoni se destacó como alumno. Fue practicante del Hospital de Clínicas –los diez alumnos de más alto promedio tenían acceso al cargo–, primero como ‘menor interno’ (1931) y luego como ‘mayor interno’ (1932), ambos por concurso. Finalizados los estudios el 17 de diciembre de 1932 –en mérito a las calificaciones obtenidas le fue concedido el Diploma de Honor, el 3 de septiembre de 1941–, Tiburcio Padilla, recién nombrado profesor titular de la cátedra de Semiología y clínica propedéutica, lo nombró ayudante y luego jefe de trabajos prácticos, lo que le confirió carácter de profesor a muy temprana edad y contribuyó enormemente a su formación.

Este fue el comienzo de una extensa labor que someramente reseñamos: médico asistente del Insti-

tuto de Semiología “Profesor Gregorio Aráoz Alfaro” (1932), jefe de consultorios externos (1936), jefe de clínica (1943), profesor adjunto de Semiología y clínica propedéutica (1947), profesor titular de la misma asignatura y director del Instituto de Semiología (1956), y profesor titular emérito (1975).

Su labor científica fue vasta, y suscitó la admiración y el respeto que la medicina argentina toda siempre sintió por el hacedor incasable que fue Fustinoni: miembro fundador de la Sociedad Argentina de Endocrinología, miembro del comité redactor y fundador de la revista *Medicina* –junto con Alfredo Lanari– (octubre de 1940), miembro fundador de la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriatria (25 de abril de 1951), médico consultor de clínica médica del Hospital Naval Buenos Aires (por concurso, desde 1953), presidente de la Sociedad Argentina de Gerontología y Geriatria en tres períodos (1955, 1973 y 1987), secretario de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación (26 de septiembre de 1955), presidente de la Sociedad de Medicina Interna de Buenos Aires (1957), miembro correspondiente de la Academia Nacional de Medicina (22 de octubre de 1959), miembro de honra de la Facultad de Porto Alegre, Universidad de Rio Grande do Sul (agosto de 1960), miembro fundador y presidente de la Sociedad Argentina de Nefrología (15 de septiembre de 1960), decano de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires (15 de noviembre de 1962), huésped de honor de la Universidad Central de Venezuela (1^a de agosto de 1963), presidente del Consejo Consultivo del Instituto de Intercambio Cultural y Científico Argentino-Israelí, presidente de la Comisión Ley 11.333 –art 6– (14 de junio de 1965), presidente de la Asociación de Facultades de Medicina de la República Argentina (1965), presidente del Comité Ejecutivo del Congreso de la PAMA (26 al 30 de noviembre de 1967), director académico del Hospital Escuela “José de San Martín” (1972-1973), miembro del Consejo Asesor Editorial de EUDEBA (mayo de 1977), presidente de la Fundación Cultural Argentina para la Tercera Edad (1978), académico de número de la Academia Nacional de Medicina (31 de agosto de 1978), presidente del 2^o Congreso Argentino de Gerontología y Geriatria (9 al 14 de septiembre de 1979), académico de número de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires (7 de octubre de 1982), miembro correspondiente extranjero de la Academia Nacional de Medicina de la República de Venezuela (4 de junio de 1987), presidente de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires (1989-1993), presidente de la Fundación Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (junio de 1990), presidente del Comité de Ética y consultor honorario del Hospital de Clínicas “José de San Martín” (1990), miembro del Consejo Honorario de la Universidad Maimónides (noviembre de 1991), presidente del Instituto Popular de Conferencias de *La Prensa* (diciembre de 1993), presidente de la Academia Nacional de Medicina (1994-1996),

miembro honorario extranjero de la Academia Chilena de Medicina (18 de octubre de 1995), académico honorario extranjero de la Academia Nacional de Medicina de la República Oriental del Uruguay (11 de octubre de 1996).

Recibió los Premios: “Mención especial de la Sociedad de Medicina Interna al trabajo sobre *Cirrosis biliar xantomatosa*” (14 de mayo de 1954); de la Fundación “Mariano R Castex” ‘a la docencia universitaria’ (13 de diciembre de 1974); “Maestro de la Medicina Argentina” (8 de junio de 1979); “Barón Hirsch” (25 de octubre de 1979); “Laurel de Plata” del *Rotary Club* ‘a la personalidad del año 1978’ (15 de diciembre de 1979); “Ignacio Imaz” (1980); “ENCOTEL” (14 de octubre de 1985); “Maestro de la Gerontología Argentina” (15 de noviembre de 1989); “Manzana de las Luces” (15 de diciembre de 1989); “Arco de Triunfo”, Hospital Francés (14 de diciembre de 1995); “Diego Alcorta”, Sociedad Argentina de Humanismo Médico (27 de noviembre de 1996); “Rioplatense”, *Rotary Club Internacional* (Montevideo, 7 de mayo de 1996).

Recibió las distinciones: “Oficial de la Orden del Mérito” del gobierno de Francia (22 de enero de 1965); “Palmas Académicas” del gobierno de Francia (27 de agosto de 1965); “Doctor Honoris Causa” de la Universidad Nacional de Tucumán (18 de mayo de 1983); “Doctor Honoris Causa” de la Universidad Argentina ‘John F. Kennedy’ (4 de junio de 1996); “Cruz Naval Laureada a los servicios distinguidos”, Armada Argentina (18 de abril de 1997); “Mayor Notable Argentino”, Honorable Cámara de Diputados de la Nación (25 de septiembre de 1997); “Reconocimiento de la Nación Argentina por su trayectoria en las ciencias médicas en beneficio de la humanidad”, Superior Gobierno de la Nación (5 de mayo de 1999: Salón Blanco de la Casa de Gobierno).

El educador y docente

Entre la multitud de actividades e intereses que acapararon la atención de Osvaldo Fustinoni, la docencia fue, sin duda, una de las que ocuparon un lugar protagónico: “La docencia es el motivo de mi existencia médica –confesó poco antes de morir– y he dado lo mejor de mí mismo. Fui profesor muy joven, me formé al lado del profesor Padilla y mis discípulos son legión. Formé unas cuarenta generaciones de médicos y lo he hecho dedicándome con intensidad. En la actualidad soy profesor emérito, y todavía tengo la misma pasión por enseñar”.

Fustinoni fue un adelantado a su tiempo, y a él, así como a otros gigantes de su época, se debe la promoción de cambios profundos en la educación médica, como la creación de las Unidades Docentes Hospitalarias (UDH), las residencias, el estímulo a la investigación científica y a la dedicación exclusiva. Son notables los planteos novedosos que ya hacía entonces a propósito de la organización del hospital universitario.

Semiología (primer año de Medicina) constituía una disciplina única durante todo el año –a diferencia de lo que hoy acontece en algunos centros con semiología cuatrimestral y materias superpuestas–. La enseñanza abarcaba toda la mañana de 8 a 12. Fustinoni controlaba en forma personal la labor de los alumnos, a quienes se les exigió la concurrencia –durante el primer año de Unidad Hospitalaria– de 183 mañanas, 20 pruebas de laboratorio y 3 exámenes de práctica clínica. Aprovechó también las tardes para completar la enseñanza y la formación de sus alumnos.

Aunque abordó la enseñanza integral de la semiología, Fustinoni tuvo predilección por las clases de auscultación respiratoria, semiología del sistema nervioso y nefrología. Desde 1932 hasta 1942 dictó anualmente un ciclo de clases de semiología, por pedido del profesor Padilla, a los alumnos de su curso oficial. Entre 1942 y 1946 dictó 291 clases (debe comentarse el hecho de que en 1945 dictó solamente 9 clases puesto que el curso fue interrumpido por el cese de las actividades universitarias). Como profesor adjunto –en el período 1947-1956– Fustinoni dictó 270 clases (se deben agregar las dictadas como profesor titular interino en 1952, a razón de dos clases semanales). Entre 1957 y 1965 –ya como profesor titular– dictó 477 clases de un total de 1.917 (casi el 25%), y se realizaron 1.619 trabajos prácticos –180 por año– y 247 ateneos anatomopatológicos. Entre 1966 y 1975 dictó 433 clases. Con posterioridad a 1975 –año de su retiro de la cátedra, al cumplir los 65 años de edad reglamentaria– siguió dictando clases como profesor titular emérito, aunque de manera más esporádica, y presidió durante varios años los ateneos anatomopatológicos del Instituto. Fue muy querido por sus alumnos. Utilizaba la persuasión, nunca se enojaba ni trasuntó fastidio frente al error.

Desde su acceso al Instituto, Fustinoni se preocupó especialmente en organizar cursos para graduados, que al mismo tiempo que contribuyeron al perfeccionamiento docente del personal de la cátedra, actualizaron conocimientos dirigidos a los jóvenes médicos. Entre los años 1957 y 1965 se llevaron a cabo 51 cursos para graduados. A su vez, con todo el personal del Instituto, Fustinoni dictó cursos de perfeccionamiento en diversas ciudades del interior (Junín, Ushuaia, Mendoza, Puerto Belgrano, Santa Fe, Mar del Plata, Río Santiago, Tandil, Salta, Posadas, San Nicolás, Bariloche, Jujuy, La Rioja, etc) y conferencias en el exterior.

La formación del personal docente constituyó para Fustinoni una gran preocupación. Cumplió con una de las condiciones fundamentales de un profesor, la de contribuir a la formación de quien pueda sucederlo en el futuro y mejorar, si cabe, las condiciones docentes. Contó desde que estuvo al frente de la cátedra con la valiosa colaboración de una pléyade de distinguidos profesores adjuntos que años después alcanzarían el grado de profesores titulares y –en una verdadera obra de prolongación

del Instituto de Semiología– adaptarían los sistemas, programas y características de la cátedra: Enrique Fongí, José E Burucúa, Víctor R Miatello, Julio A Berreta, Héctor Mosso, David Gotlieb, Rubén G Lancetremère, Alfredo Buzzi y Luis D Suárez.

Fustinoni mantuvo y promovió el sistema de residencias médicas, establecido en el mismo Instituto por Tiburcio Padilla en el año 1946 por primera vez en el país. Fomentó asimismo la concurrencia de médicos al Instituto con el fin de perfeccionar sus conocimientos (el tiempo de permanencia varió entre tres meses y un año, y algunos de ellos rotaron por distintos servicios de la cátedra). Diariamente con los residentes y concurrentes, Fustinoni pasaba revista a todos los enfermos internados, y tres veces por semana, en horario vespertino, se hacían sesiones de discusión (clínicas, radiológicas y ateneos bibliográficos) para estudiar a los pacientes de sala. Los ateneos bibliográficos buscaban orientar y familiarizar al médico con la producción médica internacional. De la reversibilidad de conocimientos se extraían conductas terapéuticas que luego eran analizadas en los “ateneos de alta” que semanalmente se llevaban a cabo. A las labores comunes de los residentes se agregó como obligación la presentación de los casos en los ateneos anatomopatológicos –correspondientes a todos los enfermos fallecidos en el Instituto y a cuya realización se le asignó un gran valor docente–, y el día anterior Fustinoni estudiaba con sus médicos el caso que se iba a presentar y quedaba sentado el diagnóstico en coincidencia o disidencia. Por otra parte, los residentes debían presentar en el curso del año un trabajo de monografía acerca de un tema analizado en mutua elección.

Una de sus motivaciones principales fue propender a que los jóvenes médicos del Instituto pudieran gozar de becas que perfeccionaran sus conocimientos. Estas becas fueron orientadas en el sentido de cultivar disciplinas que luego tuvieran aplicación y desarrollo en el propio Instituto, tanto para las becas internas como para las externas. Debido a ellas Fustinoni impulsó en la cátedra estudios originales y trabajos de investigación clínica, y despertó inquietudes y vocaciones.

Prestigiosas figuras de la medicina mundial visitaron la cátedra durante los años en que Fustinoni ejerció su dirección. Algunas disertaron en el Instituto y prestigiaron su tribuna. Fustinoni jamás dudó de que de la reversibilidad de conocimientos y del contacto personal –allende las fronteras– se obtienen los beneficios que brinda la universalidad de la cultura. Entre los visitantes del Instituto de Semiología recordamos –entre otros– a Aldo Luisada, Joao Tranchesi, Agustín Pedro-Pons, Gregorio Marañón, Pedro Laín Entralgo, Paul Ghalioungi, Jean Lenègre, Carlos Jiménez Díaz y Jean Hamburger.

Hamburger dictó en julio de 1960 –junto con Henri Ducrot y Hyacinthe de Montera– un curso sobre “Nefropatías”. Este curso –que consistió en diez lecciones teóricas, dos mesas redondas y diez demos-

tracciones prácticas, para lo cual se dispuso de películas científicas, microfotografías y presentación de aparatos—constituyó el germen de la creación de la Sociedad Argentina de Nefrología, el 23 de agosto de 1960, de la que Fustinoni fue, además de miembro fundador, su primer presidente: elevado espíritu creativo como precursor de la nefrología en la Argentina.

Un detalle: en el período 1956-1973 el Instituto de Semiología, bajo su dirección, publicó 101 trabajos de cardiología—Fustinoni firmó once de ellos, nueve como autor principal—. Entre los años 1957 y 1966, el mismo Instituto publicó 47 trabajos de investigación en nefrología, algunos de ellos en reconocidas publicaciones extranjeras como *Néphrologie*, *New England journal of medicine*, *Journal of clinical investigation* y *Archives of internal medicine*; en cinco de esos trabajos participó Fustinoni, lo cual demuestra que por más que fuera director del Instituto jamás firmó trabajos en los que no intervenía. Se emprendieron asimismo varios trabajos de investigación en gastroenterología. En endocrinología se trabajó en el dosaje de catecolaminas en la hipertensión arterial y en estudios sobre la función de la corteza suprarrenal. Por esos años Fustinoni emprendió una línea de trabajo referida a coagulación y tromboelastografía.

Se debe comentar finalmente que en el curso de los años 1967-1974 se adjudicaron seis premios a trabajos desarrollados en el Instituto de Semiología que dirigió Osvaldo Fustinoni.

Fustinoni despertó asimismo en el vasto sector médico la idea de la importancia que tiene la patología geriátrica en la clínica médica general y la necesidad de consagrar especial atención a sus problemas. Respecto de este tema, dictó cursos para graduados y conferencias a lo ancho y a lo largo del país, publicó trabajos y libros, y presentó un proyecto al Honorable Consejo Directivo de la Facultad de creación de la cátedra de gerontología y geriatría. Debe destacarse que Fustinoni fue el primero, entre nosotros, en adoptar el término “tercera edad” para despertar la “conciencia geriátrica” en la Argentina.

Igualmente preocupó a Fustinoni la necesidad de la enseñanza de la psicología médica. Hizo dictar cursos sobre esta materia a los cuales los alumnos podían concurrir libremente. Todos esos años impartió nociones de psicología médica. Estimó tan necesarios esos estudios dentro de la formación médica, que presentó a las autoridades de entonces un proyecto de creación de esa cátedra. Considerado por la comisión de enseñanza de la Facultad, fue despachado favorablemente y sancionado por su Honorable Consejo Directivo. La cátedra de psicología médica fue una realidad. Fustinoni vio colmadas sus expectativas.

Ese era el Instituto que dirigió Osvaldo Fustinoni y esa era su modalidad de trabajo. Su cátedra fue la cátedra modelo.

El hacedor

Osvaldo Fustinoni fue un hacedor de instituciones. Como vocal de la Comisión Ley 11.333—art. 6—,

desde el 21 de mayo de 1958, y posteriormente como presidente, designación que le fue conferida el 14 de junio de 1965, tuvo a su cargo el emprendimiento de la provisión de equipos para el funcionamiento del nuevo Hospital Escuela “José de San Martín”, mediante un préstamo otorgado por el Banco Interamericano de Desarrollo. Junto a los demás miembros de la comisión (entre ellos los profesores Carlos E Ottolenghi y Andrés O M Stoppani), adaptó la estructura del edificio a las actuales necesidades de una facultad moderna y funcional, integrada con la recién creada Facultad de Farmacia y Bioquímica, que aportó su competencia en el análisis clínico.

Consideró de vital importancia para la docencia y la asistencia que el nuevo nosocomio debía ofrecer el desarrollo del siguiente plan de cinco puntos principales que fundamentara el perfecto accionar del Hospital Escuela:

1. Autofinanciación.
2. Atención integral en el sentido horario.
3. Estudios mínimos preventivos.
4. Residencia hospitalaria.
5. Investigación científica.

Respecto del punto 2, escribió: “El Hospital debe funcionar durante toda la jornada. Se hace una necesidad que no interrumpa por la tarde la atención médica en los consultorios externos. Esto demandará contar con personal médico durante la tarde y, como la función primordial para la que fue creado el Hospital Escuela es la docencia, ¿qué mejor que sea el personal docente el que permanezca la mayor parte del día en él y pueda dictar las clases prácticas para los alumnos, incluso de tarde? Para esta dedicación exclusiva o semiexclusiva, aún reducida, se deberá elevar el concepto de pago por prestación de servicio, como es lógico”. Y con una clara visión social, Fustinoni añadía: “Quizá este tipo de horario y las comodidades que el enfermo halle en la internación hagan desaparecer la diferencia de apreciación entre el sanatorio y el hospital, diferencia que, por cierto, no siempre se justifica”.

Este plan cayó en saco roto por la agonía política que sumió posteriormente a nuestro país. El fracaso de las instituciones no se condijo con lo que fue la vida y el accionar de Fustinoni, pleno de realizaciones, emprendimiento y optimismo. Un hecho previo constituyó el principio de la decadencia: la derogación de la ley 11.333 y por ende la supresión de los ingresos que por esa ley provenían de la Lotería Nacional (el 5% de impuesto sobre la venta de billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia y Casinos de la Nación).

El 15 de noviembre de 1962 Osvaldo Fustinoni fue elegido decano de la Facultad de Ciencias Médicas. Dice Julio H G Olivera, rector de la Universidad de Buenos Aires en el período 1962-1965, que “fueron años de intensa actividad. La Facultad de Medicina, bajo la experta y calificada conducción del Dr Fustinoni, hizo significativos progresos tan-

to en los aspectos docentes como en los científicos: provisión de cátedras mediante concursos públicos de antecedentes y oposición; creación de nuevas cátedras, cursos y carreras; incorporación de docentes con dedicación exclusiva; visitas de eminentes profesores extranjeros; adquisición de equipos técnicos para la investigación experimental y la atención de pacientes; promoción de residencias médicas, becas para estudiantes y graduados; reorganización y ordenamiento administrativo”.

No fueron épocas fáciles. El 28 de junio de 1966 una Junta Militar derrocó por la fuerza al presidente Arturo U Illia y entregó el poder al general Juan Carlos Onganía. El viernes 29 de julio se promulgó la ley 16.912 que anulaba la autonomía universitaria: los rectores de las universidades se transformaban en “interventores”, es decir, delegados del Ministerio de Educación. Se prohibía toda actividad política y se anulaba el sistema de gobierno tripartito integrado por estudiantes, docentes y graduados.

Grupos de estudiantes y profesores ocuparon cinco facultades: Arquitectura, Ciencias Exactas, Filosofía y Letras, Ingeniería y Medicina. Se usaron los bancos como barricadas, se cerraron los portones de acceso y algunas ventanas. La idea era resistir ese fin de semana.

Pero Onganía ordenó desalojar las facultades esa misma noche. Así ocurrió lo que tristemente se conocería en la historia argentina como “la noche de los bastones largos”. Hubo gases lacrimógenos, bastonazos y 400 detenidos. La represión más dura fue contra Ciencias Exactas.

La única Facultad en donde se respetó a los intelectuales fue Medicina. Su decano, Osvaldo Fustinoni, después de conseguir una tregua de quince minutos por parte de la policía, logró ser escuchado por los estudiantes, a pesar del caos que se había desarrollado, y consiguió que éstos abandonaran la facultad de un modo pacífico. Nadie fue lastimado físicamente ni en su dignidad. Fustinoni en persona custodió, desde la puerta, la salida de cada uno de los estudiantes, sin que nadie fuera molestado ni denigrado.

No faltaron los ofrecimientos para permanecer en el cargo. Su respuesta fue clara y precisa, y así lo expresó en los considerandos, en una carta dirigida al entonces ministro del Interior e interino de Educación, Dr Enrique Martínez Paz: “Elegido en virtud de las disposiciones del estatuto universitario –y atento a la opción establecida por la ley 16.912 que modifica sustancialmente la que ha regido hasta ahora para el gobierno de las universidades argentinas–, pongo en conocimiento del señor ministro que no acepto continuar en mi cargo de decano de la Facultad de Ciencias Médicas”. Se lo transformaba en administrador y se debía al claustro que lo había designado para tal función: posición incompatible para una personalidad como la de Fustinoni. Osvaldo Fustinoni renunció a su decanato el 2 de agosto de 1966.

Idénticas características de proficua actividad tuvo el desempeño de Osvaldo Fustinoni en la Aca-

demia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, a la cual se incorporó en 1982 –siendo ya miembro de número de la Academia Nacional de Medicina– y cuya residencia ejerció durante el cuatrienio 1989-1993. La gestión presidencial de Fustinoni se tradujo por un fuerte crecimiento científico de la Academia. Se establecieron nuevos vínculos con organizaciones análogas del país y del exterior; se asignaron becas para la realización de investigaciones científicas; se multiplicaron las conferencias, comunicaciones, simposios, seminarios y congresos; se alcanzó un promedio, nunca registrado antes, de treinta reuniones científicas por año; la biblioteca pasó de 9.810 a 17.535 libros, y se transformó la Corporación en una de las instituciones más activas y dinámicas de la comunidad científica nacional.

La honestidad fue un bienpreciado de Osvaldo Fustinoni. Tuvo gestos que lo enaltecieron por lo paradigmático. Del 26 al 30 de noviembre de 1967 se desarrolló en Buenos Aires el 42º Congreso de la Asociación Médica Panamericana (PAMA). Médicos argentinos en número cercano a 1.400, de Estados Unidos (400) y el resto de diversos países, Japón inclusive, prestigiaron con su saber esta asamblea. La Lotería Nacional de Beneficencia y Casinos le había entregado un subsidio por tres millones de pesos –acordado a través del decreto 6.322/67 del Poder Ejecutivo Nacional–, destinado a sufragar los gastos de este evento que fue multitudinario y estuvo coronado por el éxito.

Meses después, hecho el arqueo correspondiente, el superávit hablaba a las claras del resultado del Congreso y de la buena administración realizada. Al no haber sido utilizados dichos fondos, Fustinoni reintegró el monto del beneficio acordado mediante el cheque N° 3.777.297 del Banco de Galicia y Buenos Aires por el importe mencionado.

Todos los periódicos de Buenos Aires se hicieron eco de la actitud de las autoridades del Congreso de la PAMA: el 2 de julio de 1968 lo hizo *Clarín* y el 8 del mismo mes *La Prensa*, pero la nota la dio *La Razón*, también el día 8, que tituló “*Rara avis*” a su escueta noticia. Sin embargo, el texto más elocuente fue el de *La Nación* del 16 de julio del mismo año, con su título: “Pocas veces ocurre”.

Nunca militó políticamente ni perteneció a ningún club ya que estuvo siempre dedicado a su profesión, sin disponer de tiempo libre para otras actividades. La única actividad política que desarrolló en su vida tuvo relación con la profesión: “Cuando fui decano me vi obligado a actuar en la universidad. Claro que eso es diferente, la política en ese ámbito se maneja entre pares y no entre individuos de cultura, situación económica y social diferentes. De todos modos, no rechacé la política como manifestación de civilidad, pero no fui activista. Creo que eso me perjudicó en cuanto a ascensos a otro tipo de puestos que hubieran permitido ampliar mis actividades. Nunca me sometí a los dictados de ningún gober-

nante de turno. Eso me postergó en el profesorado". A pesar de ello, por su consultorio pasaron expresidentes, vicepresidentes, ministros de la nación, y además embajadores, poetas, escritores y artistas.

El conferenciante

Entre sus múltiples actividades, Osvaldo Fustinoni se distinguió como conferenciante, unas veces desde tribunas académicas o de sociedades científicas, o de muy diversas instituciones.

Perteneció en calidad de vocal –desde 1959– al Instituto Popular de Conferencias del diario *La Prensa*, del cual fue también secretario, y presidente en 1993, y en esta relevante tribuna pronunció numerosas disertaciones entre las que mencionaremos: “Discernimiento histórico y valoración de las doctrinas médicas” (9 de septiembre de 1949), “La vida prolongada y sus problemas” (7 de agosto de 1959), “Los estudios médicos en la República Argentina. Origen, desarrollo y proyección” (29 de septiembre de 1967), y “Los médicos argentinos en la literatura vernácula” (2 de junio de 1978).

Entre más de doscientas conferencias pronunciadas –la mayor parte de índole médica– se destacan asimismo las siguientes: “La enseñanza de la medicina en la Facultad de Medicina de Buenos Aires” (pronunciada en la Facultad de Medicina de Madrid, en el paraninfo central, el 7 de mayo de 1965), “La Facultad de Medicina en los diez años posteriores a Caseros” (SADE, 27 de octubre de 1966), “El medio social finisecular y los escritores médicos argentinos” (Academia Nacional de Medicina, 18 de mayo de 1971), “Los adelantos de la cirugía y la ética médica” (Sociedad de Cirugía Cardíaca y Torácica, 4 de abril de 1975), “El Instituto de Semiología ‘Gregorio Aráoz Alfaro’ en la celebración de su cincuentenario” (Hospital Escuela ‘José de San Martín’, 18 de agosto de 1977), y “Buenos Aires antiguo y la medicina” (Asociación Biblioteca de Mujeres de la República Argentina, 15 de octubre de 1980).

Trazó las semblanzas de numerosas personalidades médicas: Rodolfo Dassen, vida y obra; Vicente López y Planes; Gregorio Aráoz Alfaro; Pedro Mallo; Albert Sabin, una vida consagrada a la humanidad; Osvaldo Loudet, vida, obra y pensamiento (Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, 28 de noviembre de 1986), de quien asimismo habló en la inhumación de sus restos, el 8 de octubre de 1983; Bernardo A Houssay, adalid y precursor de la investigación científica en la Argentina (Academia Nacional de Ciencias, 15 de junio de 1987); Luis Federico Leloir, grandeza y humildad de la investigación (Academia Nacional de Ciencias, 28 de noviembre de 1988); José Arce, a 110 años de su nacimiento (Academia Nacional de Ciencias, 9 de octubre de 1991); Mariano R Castex, al cumplirse el trigésimo aniversario de su fallecimiento (Academia Nacional de Ciencias, 29 de julio de 1998).

Con motivo del discernimiento de premios y becas, Fustinoni evocó a otras figuras de las ciencias

médicas: Eduardo Braun Menéndez, Alfredo Lanari, Eduardo de Robertis, Armando Parodi, Roberto E Mancini, Braulio A Moyano, Salvador Mazza, Carlos A Gianantonio, Héctor Marino y Marcelo Royer.

Presentó a destacadas figuras del quehacer científico y cultural. Tal el caso de Pedro Laín Entralgo –que ocupó la tribuna de su cátedra en dos oportunidades– y de otras personalidades ya consignadas que visitaron el Instituto. Y puso en posesión de la palabra, además y entre otros, a Eugenio Pucciarelli, Juan R Michans, Venancio Deulofeu, León de Soldati, José E Rivarola, al presbítero Dr Carlos Cucchetti y al escritor gallego Xosé Filgueira Valverde. Evocó la figura de José Luis Romero y su actuación universitaria, habló en el homenaje a Nerio Rojas –al cumplir los 50 años de su graduación– y a Alicia Moreau de Justo. En el Instituto de Intercambio Cultural y Científico Argentino-Isareli –del que fue presidente– presentó a Jorge Luis Borges, y habló en el homenaje a los Premios Nobel Shmuel Agnon y Nelly Sachs (12 de diciembre de 1966). Despidió los restos de Tiburcio Padilla y de Osvaldo Loudet, como ya se consignó.

Asimismo pronunció discursos con motivo de la inauguración de siete congresos nacionales e internacionales o de colación de grados –en calidad de decano de la Facultad de Ciencias Médicas– y en nombre de delegados extranjeros a congresos fuera del país. También lo hizo en calidad de presidente de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires o de presidente de la Academia Nacional de Medicina, en ocasión de inaugurar congresos, reuniones conjuntas, jornadas médicas, simposios o seminarios, o bien con motivo de entrega de premios, diplomas u homenajes a académicos fallecidos. Como miembro de esta última corporación habló en el centenario del nacimiento de Emilio Julio Palacio y Marcelino Sepich.

El humanista

Osvaldo Fustinoni encarnó en nuestro medio al médico humanista por excelencia para quien, según la sentencia clásica, nada de lo humano le fue ajeno. Los múltiples aspectos de su personalidad y las tan diversas actividades que desarrolló justifican considerarlo como un médico humanista –en el sentido que Burckhardt daba al humanismo–, hecho que no llama la atención dada su personalidad polifacética y su acendrada formación cultural. Su quehacer en pro del acto de jerarquizar al ámbito profesional lo hizo acreedor de importantes distinciones –entre ellas, el “Reconocimiento de la Nación Argentina por su trayectoria en las ciencias médicas en beneficio de la humanidad” (1999)–, inclusive allende las fronteras: más de treinta distinciones honoríficas, premios y reconocimientos, otorgados por instituciones públicas y entidades privadas de once países de América y Europa.

Como simple anécdota, entre tantas, es interesante mencionar que Arturo Capdevila –además de poeta, historiador, ensayista y crítico literario– fue

escritor de varios libros de ciencias médicas como: *El cáncer* (1961), *Revisión microbiana* (1963) y *Pláticas médicas atenienses con el Dr Astianax* (1962). En este último, libro de sátira, crítica y meditación, la dedicatoria de Capdevila dice: “Quiera el alto maestro amigo, Dr Osvaldo Fustinoni, honrar con su benévola atención este libro, cuya plática 30 –página 181– le está particularmente dedicada, como sincero homenaje”. La plática 30 se titula: “Donde habla un simple fauno ante los dioses”.

Muchos hombres de ciencia, escritores y artistas le autografiaron sus libros con palabras por demás elogiosas. Como curiosidad, simplemente, mencionaremos que el artista plástico Emilio Centurión (1894-1970) retrató a Osvaldo Fustinoni en la década de 1950, curiosamente con cabello y ojos claros. Y que el compositor argentino Roberto García Morillo le dedicó su “*Cantata Académica Nro 9*”.

Fustinoni viajó por el mundo en cumplimiento de tareas académicas, científicas y universitarias, participó en congresos, brindó conferencias y recorrió centros universitarios y de salud: Londres, Porto Alegre, Caracas, Medellín, San Salvador, Monterrey, Santiago de Chile, Poços de Caldas, Madrid, Puerto Rico, Lima, Milán, Asunción, Estocolmo, Río de Janeiro, La Paz, Montevideo, París. Fue invitado como huésped oficial por los gobiernos de Francia, Bélgica y Holanda, a visitar sus países en misión cultural. Fue invitado a Israel en cuatro oportunidades. Visitó el Centro Médico de Hadassah-Universidad Hebrea y el Hospital Central de Néguev, y fue recibido por el decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Tel-Aviv, profesor Shimon Bitter. Mantuvo encuentros con Golda Meir y David Ben-Gurion. El primer ministro le preguntó por qué los países de América Latina, que tenían la misma lengua, las mismas costumbres y el mismo origen, no constituían un solo país, a lo que respondió que eran problemas de orden político más que de orden nacional: “Fue el resultado del caudillismo imperante en la época de consolidación de los países”. Diría posteriormente que esos encuentros habían sido muy gratificantes.

Fustinoni hizo un culto de la tolerancia. Resultan paradigmáticas las palabras pronunciadas al recibir el Premio “Barón Hirsch”, en 1979. Dijo en esa oportunidad: “Bienvenido es para mí el ecumenismo, pues da a mi propio sentimiento su verdadera dimensión. Quieran los hombres todos oír el llamado de ese gran Pontífice Juan XXIII a través del Concilio Vaticano II. Entonces no se repetirán Dachau, ni Treblinka, ni Auschwitz, y tendremos conciencia de nuestra propia dignidad y que se puede vivir en pacífica armonía sin tener en cuenta color, religión o credos. Asistiremos así a la superación del hombre. Y en nuestro credo monoteísta serán igualmente respetados los nombres de Abraham, de Moisés, de Jeremías y de Mahoma, y los de Pedro, Pablo y Lucas. Y en Jerusalem, la eterna Jerusalem, confraternizaremos cristianos, judíos y mahometanos en plena

libertad y liberados de la esclavitud de esa pasión malsana que es el odio”.

La posición de Fustinoni fue siempre clara en cuanto a los temas médicos relacionados con la moral y la ética. Mientras ejercía la presidencia de la Academia Nacional de Medicina –durante el período 1994-1996– y se le pidió por su opinión, dijo en forma contundente: “El aborto es liquidar una vida humana”, y señaló los muchos procedimientos que existen para evitar el embarazo, incluso uno de ellos aceptado por la Iglesia Católica. “No podemos permitir que se mate a una persona. Yo creo que la felicidad más grande que puede tener una mujer es quedar embarazada y criar a su hijo. Eso es lo que filosóficamente define a la condición femenina”.

Durante la presidencia de Fustinoni, la Academia Nacional de Medicina efectuó las declaraciones públicas en torno del aborto provocado, la mala práctica médica y la fertilización asistida, y a su propuesta, el plenario aprobó por unanimidad designar los 35 sitios con los nombres de ilustres miembros del pasado médico del país, que ocuparon un sillón en su época con carácter fijo y permanente.

Fustinoni nunca se dejó engañar por la sofisticación de procedimientos frente al dolor de la humanidad y como suerte de testamento conmovedor escribió: “Me permito formular apreciaciones sobre la llamada ‘terapia intensiva’(...) El fundamento es salvar una vida que tiene grandes posibilidades de recuperación o prevenir grandes complicaciones. El problema médico se plantea cuando se trata de un enfermo terminal, irrecuperable. ¿Qué sentido tiene este aislamiento, que ocurre en general en una sala de varios enfermos, conscientes o inconscientes, desnudos, sin ver a sus familiares, con médicos y enfermeras que cambian continuamente, cuando tenemos la seguridad de su ocaso? Evitaríamos así una ‘muerte indigna’ y nos referimos a la forma de morir a que se somete a ese enfermo, en general lejos de su casa, fuera de su propio lecho, sin percibir el contacto de una mano que le haga sentir que es amado por alguien que quiere”.

En una última entrevista concedida, que fue publicada en mayo de 2000, y en referencia a la práctica médica actual, expresó: “Creo que la que se hace ahora es otra medicina. Antes era una medicina personal. Los protagonistas éramos dos: el médico y el enfermo. Ahora somos tres: los terceros en discordia son las sociedades comerciales o corporaciones que tienen un interés sumamente distinto del que existía en la relación médico-paciente y que han distorsionado totalmente el ejercicio de la medicina”. Veinte años antes había pronunciado estas palabras, tan de actualidad: “La socialización de la medicina ha creado un tremendo problema. El acto médico es un acto singular de dos personas: una que sufre y que se entrega a la otra para que alivie sus males. Es un binomio: el médico y el enfermo. La medicina socializada es un trinomio: la sociedad, el médico y

el enfermo. El primero es de orden administrativo-contable. Se trata de ver a tantos enfermos en el día, porque de lo contrario no conviene. Y el segundo también se perturba porque a ese médico se le exigen exámenes rápidos y, a veces, ni revisa a sus pacientes, porque tiene que cumplir con treinta o cuarenta enfermos. Por otra parte, el individuo que está en una institución socializada exagera sus derechos y exige del médico una serie de circunstancias que no exigiría si tuviera que pagarle”.

Muy pronto intuyó que junto con los indudables beneficios derivados de los adelantos en el conocimiento, la medicina estaba abrazando peligrosamente una parcelación que la conducía a deshumanizarse. “Se ha transformado el ejercicio de la profesión en una especie de oficio exclusivo” –advirtió–. “Hoy la gente se enferma y va a ver un especialista que se dedica a mirar su ‘partecita’. Pero para el real beneficio del paciente hace falta el hombre que juzgue todos los elementos y saque de allí el que da el diagnóstico correcto”.

Armando Maccagno, cuando definió a Osvaldo Fustinoni como verdadero “arquetipo” –en ocasión de serle otorgado en 1995 el Premio “Arco de Triunfo” por el Hospital Francés–, dijo: “El arquetipo debe ser fuerte, intelectual, ética y moralmente, pero con esa fortaleza interior que sólo puede lograrse si se nutre de sensibilidad y ternura, y Fustinoni encontró una fuente inagotable en Marilina Rébora”, su fiel y abnegada compañera. ¿Podría alguien decir algo de ella mejor que sus poesías?

Dijo Fustinoni de Marilina Rébora: “Le debo toda la educación de mis hijos y los sinsabores de la vida diaria. Y sin quejas, porque me alentaba a seguir en mi camino a pesar de que mi actividad me alejaba irremediabilmente del hogar”.

Espíritu selecto el de Marilina Rébora –a quien Manuel Mujica Láinez definió como “poeta auténtica, alguien que vive con misteriosa, con apasionada hondura, que es capaz de provocar en sus sonetos una verdadera sucesión de emociones”–, la mujer que nutrió de manera tajante la personalidad humanística de Osvaldo Fustinoni.

El ejercicio de la medicina

El ejercicio de la medicina por Osvaldo Fustinoni fue la prolongación de su magisterio universitario y académico. Era un extraordinario semiólogo, capaz de interpretar las combinaciones menos frecuentes de signos y síntomas, de manifestaciones objetivas y subjetivas, de trastornos funcionales y alteraciones orgánicas, y de arribar a diagnósticos precisos y acertados. Algunos de sus criterios clínicos pasaron después a la práctica médica corriente. Pero su labor de médico no sólo se distinguió por su excelencia técnica sino por su calidad humana, pues en ella se unían por partes iguales la ciencia y la ética, la eficacia, la generosidad y el altruismo. Los sentimientos de respeto y afecto que suscitaba en sus pacientes

sólo eran comparables con los que despertaba en el espíritu de sus discípulos y colaboradores. Uno de sus más destacados discípulos, José E Burucúa, expresó. “Si pensamos que la inteligencia es expresión de una actividad cerebral integrada, Osvaldo Fustinoni es el ejemplo más conspicuo que conozco”.

Su larga existencia estuvo dirigida permanentemente, sin claudicación alguna, a hacer el bien a sus pacientes, sin discriminación de clase social, política o religiosa. Cumplió a rajatabla principios éticos y reglas morales. Interpretó cabalmente los principios hipocráticos del conocimiento científico dirigido a la protección de los demás. Su comportamiento no fue diferente del de Ambroise Paré, el padre de la cirugía moderna, cuando Enrique II, rey de Francia, lo consultó como médico y le recomendó que tuviera en cuenta que era el rey y lo asistiera mejor que a sus pacientes. ‘No puedo, Su Majestad’, contestó Paré, ‘ya que a ellos también los atiendo como a reyes’. Así era Fustinoni. Toda su actividad la desplegó con amor a los demás.

Existen en semiología y clínica –recuerda Loudet– espíritus analíticos y espíritus sintéticos. Los primeros son minuciosos y persiguen la exactitud. Los segundos intuyen desde el principio la totalidad. Los primeros –en su preciosismo– catalogan las diferencias; los segundos descubren instantáneamente las analogías y realizan la integración. Los dos coexisten con predominio de uno sobre el otro. Caeríamos en el error si dijéramos que Araújo Alfaro, uno de los más eminentes semiólogos argentinos, fue un espíritu exclusivamente analítico y que Abel Ayerza, el hombre de las magníficas síntesis, fue un intuitivo puro. Los dos fueron clínicos totales como también lo fueron Castex y Agote, Cossio y Merlo, Dassen y Fustinoni.

La talla de los grandes maestros –como fueron todos ellos– y la categoría de un catedrático se mide por el valor de su obra permanente, es decir, por lo que investiga y escribe, por todo lo que su actividad tenga de fecunda y creadora. Alfredo Lanari, espíritu analítico y sintético, a la vez, y partidario del profesorado *full time*, recordaba que el profesor debe hacer algo más que repetir y glosar: investigar, escribir y publicar. Y Fustinoni lo hizo de manera incansable.

En ocasión de serle entregado a Fustinoni el premio “Maestro de la Medicina Argentina” correspondiente al año 1979, Lanari expresó: “A Osvaldo Fustinoni lo conocí en el año 1931. Él era practicante menor del Clínicas cuando yo ingresé como practicante externo. Con la natural circunspección de quien entra en un ambiente desconocido, fui tratando uno a uno a mis superiores, pues aunque había uno o dos años de diferencia, esos años eran de ejercicio de la medicina y hacían un mundo. Entre los menores me impresionó Osvaldo Fustinoni. Tenía un aspecto particular que lo distinguía de los demás: el pelo rizado, los ojos vivaces, las facciones pequeñas y un pequeño bigote. Pero Fustinoni también se distinguía no sólo por su aspecto de los demás practicantes. Hablaba con precisión y con claridad meri-

diana y sus ideas, como es lógico, también lo eran. Cuando se recibió de médico tenía una situación económica muy difícil. Huérfano de padre, debía contribuir al sustento de su hogar. Nada de eso disminuyó su deseo de realizar una carrera académica, y estudiando incansablemente y enseñando, adquirió prestigio entre estudiantes y médicos que sabían apreciar lo que una mente clara y ordenada puede dar y enseñar. Vale la pena recordar que pasaron más de 8 años antes de que Fustinoni pudiera comprar un auto de segunda mano, para significarles a los apurados de hoy que, cuando se ha elegido un destino, todo tiene que subordinarse”.

Recordaba siempre Fustinoni la creación de la revista “*Medicina*” junto con Lanari. Así lo expresaba Fustinoni en 1990: “En 1940, después de una larga y reflexiva deliberación, resolvimos crear una revista que mejorara el nivel científico de las publicaciones que escaseaban en el país. Mucho lo pensamos y después de seleccionar a un grupo de hombres jóvenes, ya destacados en el magisterio médico o en la investigación, nació *Medicina* en el mes de octubre de 1940. Fue un duro batallar. Al principio trimestral, buscábamos los trabajos, los seleccionábamos, los llevábamos a la imprenta, los retirábamos, los repartíamos después de leer las pruebas de galera y de página (...) Nada nos arredraba y cuando a veces solía desanimarme, Lanari tenía el temperamento de los fuertes y seguíamos con la laboriosa tarea en que nos habíamos empeñado. Pero difícil fue la situación cuando voluntariamente exiliado, me quedó la responsabilidad de continuar con la obra durante los años de su ausencia. El intercambio epistolar de Buenos Aires a Denver y de Denver a Buenos Aires era permanente (...) Hoy, cuando leo, por estos días, que *Medicina* –sin lugar a dudas, la revista más ‘auténticamente’ científica de nuestro país– celebra su cincuentenario, me enorgullezco de satisfacción, y aunque alejado hace años de su comité de redacción, al asumir el decanato de nuestra Facultad, no dejo de felicitarlo por su creación”.

Cuando se discernieron los Premios Konex de Brillante y de Honor –el galardón máximo de la Fundación del mismo nombre– a las personalidades más destacadas de la medicina argentina en los últimos 40 años, seis fueron los premiados: Osvaldo Fustinoni, Alfredo Lanari y René Favalaro, junto a los tres Premios Nobel (Bernardo A Houssay, Luis F Leloir y César Milstein).

Señoras y señores:

Osvaldo Fustinoni fue una figura señora de la medicina. Se caracterizó por su personalidad polifacética: docente, investigador, hacedor, funcionario, médico práctico, académico, humanista, conferenciante, publicista incansable. Descolló al frente de la cátedra. Impulsó la enseñanza. Formó discípulos. Despertó inquietudes hacia la geriatría, la psicología médica (a su iniciativa se debe la creación de la

mencionada cátedra) y los estudios históricos de la medicina. Ayudó a todo el personal que lo acompañaba en la cátedra, a sus pacientes y a sus colegas. Es que, como agrega Guillermo Jaim Etcheverry, Fustinoni fue un “diferente” que tuvo como misión la existencia como deber.

“Más allá de su destacada y fecunda labor en el campo de la medicina, se puede hablar de él como de un hombre que supo pensar en los demás”, que hace del recuerdo de Osvaldo Fustinoni –según palabras de Magdalena Ruiz Guiñazú– una lección de vida.

Fustinoni fue un manantial de consagración al enfermo y a la medicina. No sólo examinaba el cuerpo, sino sabía leer el alma. No fue sólo maestro de maestros, sino también maestro de la vida. Porque enseñó un estilo genérico de enfrentarse con el incesante y variado universo.

¿Cómo no recordar con unción esta vida ejemplar?

Al recibir la condecoración “Reconocimiento de la Nación Argentina a la trayectoria en las ciencias médicas en beneficio de la humanidad” (1999), expresó estas palabras que resumen su propia vida: “Fui fiel al Juramento Hipocrático con el que inicié mi profesión. Como profesor he tratado de dar a mis alumnos todo lo que he sabido. Creo que he sido justo y he prodigado a mis enfermos lo mejor de mí mismo. He sentido el placer de la recompensa afectiva y he pensado siempre en mi patria. Hoy, en esta etapa crepuscular de mi vida, cuando la noche se me viene encima, recibir esta distinción me enaltece y me depara una gran emoción”.

Decía Loudet que “así como existe un arte de vivir, existe también un arte de morir constituido por un acatamiento a las leyes naturales”. ¿Y en qué consistía para Fustinoni este acto de morir? En haber amado a sus semejantes, ayudado a quien le tendió una mano sin importarle su condición, no haber negado consuelo a las doloridas almas de sus pacientes y haber conservado siempre la integridad ética y moral sin admitir jamás dobleces ni claudicaciones de ningún tipo.

Su vida y su muerte –acaecida el 25 de mayo de 2000, en su ciudad natal, a la edad de 91 años– armonizan en estas reflexiones. Murió como vivió, con el entendimiento –como él mismo escribiera– de que “la vida humana es una parábola que comienza con el nacimiento y termina inexorablemente con la muerte”. En su vida se conjugan el cumplimiento del deber, la perseverancia en el trabajo, la pasión por lo bueno y por lo justo, la lucha por las causas más nobles del espíritu y el profundo deseo de amar y brindar siempre lo mejor de su persona.

Recuerda Félix Luna: “Todavía me parece verlo llegar a mi casa en momentos difíciles, poniendo tranquilidad y orden allí donde reinaba el miedo y la incertidumbre. Creo que Osvaldo Fustinoni, en su larga vida, fue el paradigma del buen médico, aquel que no sólo alivia y cura, sino que da esperanza”.

Queridos amigos:

Horacio, en sus *Odas*, nos dice “*Non omnis moriar*”; “Yo no moriré del todo, pues mi obra me sucederá”. Pocas veces he estado convencido de algo como de pensar esto en relación con Fustinoni. Porque Osvaldo Fustinoni murió, pero quedó en un Réquiem de Rilke, en ese reloj sin agujas que es la Eternidad.

Cuando en la *Divina Comedia* Dante visita el Infierno, al descender al séptimo círculo del abismo ígneo, encuentra allí a Brunetto Latini, quien fuera su maestro en vida y le imparte su postrer consejo:

*Se tu segui la tua stella,
non puoi fallire a glorioso porto.
Si tú sigues tu estrella,
no puedes sino arribar a glorioso puerto.*

Osvaldo Fustinoni, como una flor particular que florece de vez en cuando, siguió su estrella y arribó a glorioso puerto.

**Juan Carlos Fustinoni
2 de diciembre de 2014**